

LIBROS



Christopher Caldwell

• *Reflections on the Revolution in Europe. Immigration, Islam and the West*

> CHRISTOPHER CALDWELL

• *¿Quién mató a Rosendo?*

> RODOLFO WALSH

• *Diario de un desesperado*

> FRIEDRICH RECK

• *Amor, pobreza y guerra*

> CHRISTOPHER HITCHENS

• *Pitecántropo*

> JULIO TRUJILLO

• *Fin*

> DAVID MONTEAGUDO

ENSAYO

Pesimismo multicultural



Christopher Caldwell
Reflections on the Revolution in Europe. Immigration, Islam and the West
Nueva York, Doubleday, 2009, 432 pp.

Para Asteion

Primero que nada, algunas estadísticas:

-De los alrededor de 375 millones de habitantes de Europa, entre 15 y 17 de ellos son musulmanes. Cinco millones viven en Francia, cuatro millones en Alemania y dos en Gran Bretaña. Hay sólo nueve millones de suecos.

-Los musulmanes son un 25 por ciento de la población de ciudades como Marsella y Róterdam, el 20 por ciento de Malmö, el 15 por ciento de Bruselas y Birmingham y el 20 por ciento de Londres. La ratio anual de crecimiento de la población nacida en el extranjero en España es aproximadamente del 22 por ciento. El Consejo de Inteligencia Nacional de Naciones Unidas informa de que en 2025 la población musulmana de Europa se habrá duplicado.

-Una quinta parte de los niños de Co-

penhague, la mitad de los niños de Londres, un tercio de los niños de París y una cuarta parte de los niños de Milán son hijos de madres extranjeras. Aunque los índices de reproducción de los musulmanes parecen estar descendiendo, son un 50 por ciento más altos que los de los europeos no musulmanes.

-Aunque las vías tradicionales para la inmigración están casi cerradas en la mayoría de países europeos, el número de inmigrantes sigue subiendo debido a las políticas concernientes al asilo político y especialmente a la reunión familiar. La inmigración relacionada con la familia es un 78 por ciento del total en Francia y un 60 por ciento en Gran Bretaña, donde una gran proporción son novias procedentes de Pakistán y Bangladesh. Alemania deja entrar a 25.000 novias al año, sobre todo turcas; la mitad de los hombres turcos buscan novias extranjeras. Un 60 por ciento de las bodas pakistaníes y bangladesíes en Gran Bretaña se conciertan con esposas nacidas en el extranjero.

-Puesto que las economías europeas se han convertido en postindustriales, el desempleo entre los inmigrantes se ha disparado, y con él lo ha hecho la carga que supone para los servicios sociales. En 1973, un 65 por ciento de los inmigrantes

en Alemania trabajaban; en 1983, diez años más tarde, sólo lo hacían un 38 por ciento. Dos tercios de los imanes franceses viven del estado de bienestar.

-Un estudio de 2007 indicó que un 31 por ciento de los musulmanes británicos sienten que tienen más en común con otros musulmanes de todo el mundo que con sus compatriotas. Sólo 50 por ciento consideraban a Gran Bretaña "mi país". Sólo hay 330 musulmanes en las fuerzas armadas británicas.

-Un 85 por ciento de los musulmanes franceses dicen que la religión es muy importante para sus vidas, en oposición a un 35 por ciento de no musulmanes. El 68 por ciento de los turcos alemanes piensan que sólo hay una verdadera religión, mientras que sólo lo piensan un seis por ciento de los alemanes nativos. En 2007, un estudio arrojó que un 53 por ciento de los musulmanes británicos prefieren que las mujeres lleven la cabeza cubierta; las cifras son incluso más altas entre los de 18 y 24 años (74 por ciento). Un 36 por ciento del mismo grupo de edad afirma que la conversión está prohibida y debe castigarse con la muerte.

-Mientras Europa se muestra más abierta a la cultura musulmana, no ha habido reciprocidad en el mundo musulmán. España traduce más libros extranjeros en un año de lo que lo han hecho todos los países árabes desde el siglo IX.

Estas son sólo un puñado de llamativas estadísticas recogidas en el nuevo y controvertido libro del periodista

estadounidense Christopher Caldwell, *Reflections on the Revolution in Europe*. Y aunque algunas de estas cifras han sido puestas en duda o reinterpretadas, la mayoría de ellas son aceptadas incluso por los más duros críticos de Caldwell,¹ aunque tienden a reinterpretarlas y a señalar estudios optimistas sobre la asimilación que Caldwell ignora. Pero el centro de la controversia no son las cifras, sino la propia Europa: su historia reciente, la imagen que tiene de sí misma, sus fortalezas y debilidades, su futuro. Y, sobre estos temas, el libro poderoso, alarmante y en última instancia frustrante de Caldwell tiene mucho que decir. Debido a los recientes debates sobre la inmigración en Japón, vale la pena prestarle atención a este libro.

La historia que cuenta Caldwell es clara. En las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial, Europa occidental se convirtió en una sociedad multiétnica “en un ataque de distracción”. Los inmigrantes fueron primero invitados para llenar vacíos temporales en la mano de obra durante la recuperación de posguerra con la idea de que ganarían dinero y después se irían a su casa. Pero la mayoría no lo hizo, especialmente los musulmanes procedentes de Turquía, el Magreb, África y el sur de Asia. Se quedaron y formaron familias a pesar de que hallaron dificultades para integrarse en la sociedad europea. Las encuestas de opinión de un año tras otro han mostrado una persistente aversión a este proceso entre los votantes europeos, pero por una serie de razones –ilusiones acerca de los beneficios económicos de la mano de obra inmigrante, la culpa poscolonial y el miedo a resucitar “viejos demonios” de nacionalismo y racismo que desgarraron Europa en el siglo XX– la inmigración ha continuado. Por elevadas que sean las razones, sostiene Caldwell, los resultados, al menos por lo que respecta a la inmigración musulmana, han sido desastrosos. Ahora Europa se halla con una población grande y rápidamente creciente de no europeos cada

vez más hostiles a las normas básicas de la democracia liberal, y esta hostilidad se traducirá con el tiempo en un poder electoral que podría transformar el continente y hacerlo menos tolerante y libre. Citando al distinguido estudioso del islam estadounidense Bernard Lewis, Caldwell prevé que a finales del siglo XXI Europa será parte del “occidente árabe, del Magreb”.

Éste es el argumento de Caldwell, y se apoya con fuerza en un agudo análisis de las tendencias demográficas. Como ya se ha dicho, el cambio en el paisaje demográfico europeo ha sido enorme en las últimas cuatro décadas, a lo que han contribuido políticas cortas de miras. Ya en los años setenta la mayoría de los países europeos reconocían que los “trabajadores invitados” no se estaban marchando, que sus índices de reproducción eran mucho más altos que los de las poblaciones nativas y que muchos hijos de inmigrantes tenían aún tremendas dificultades para integrarse en la sociedad europea. Un gobierno tras otro en un país tras otro afirmaban que estaban trabajando para ralentizar o detener la inmigración, pero la población no nativa ha seguido creciendo. ¿Por qué ha sido así, se pregunta Caldwell?

Parte de la respuesta tiene que ver con las equivocadas políticas inmigratorias inspiradas por el humanitarismo. La más importante tiene que ver con la reunión familiar. Muchos países de todo el mundo consideran una obligación moral reunir a los inmigrantes con sus esposas, hijos y en ocasiones abuelos; también calculan que la reunión facilitará su integración en la sociedad. Pero ésta no ha sido la experiencia europea con la inmigración musulmana, y la principal razón para ello es la preferencia de muchos musulmanes varones por novias de sus países de origen, mujeres “no manchadas” por la corrupción moral y la libertad que encuentran en las sociedades occidentales modernas. Sus esposas importadas son problemáticas porque por lo general no están educadas y no hablan el idioma de su país anfitrión. Llevan vidas restringidas en casa, con frecuencia están reprimidas o sufren

violencia doméstica (o, en los casos más dramáticos, son víctimas de “asesinatos de honor”) y tienen índices de reproducción muy altos. Su presencia renueva el depósito de inmigrantes desde el fondo, por así decirlo, y retrasa la asimilación de toda la familia. Y, si los hijos varones de estas mujeres buscan a su vez novias de su país de origen, el ciclo continúa y la población inmigrante sigue creciendo apartada. Las cifras son elevadas. Durante los últimos quince años, Alemania ha dejado entrar a medio millón de esposas musulmanas importadas, sobre todo procedentes de Turquía, a pesar de que la política explícita del país ha sido restringir esa costumbre, si no acabar con ella. (En Francia, el problema se ve acrecentado por la práctica común de la poligamia entre los musulmanes africanos.)

Una segunda política equivocada, en opinión de Caldwell, tiene que ver con el asilo político, que, considera, fue hasta hace poco concedido con demasiada frecuencia. Caldwell reconoce el imperativo moral de ofrecer asilo a los que lo buscan de verdad, pero hace hincapié en lo difícil que resulta determinar quién lo necesita en realidad, puesto que los países de origen de quienes buscan asilo son con frecuencia políticamente opresivos, pero también están siempre económicamente estancados. La conciencia sobre la difícil situación de los refugiados creció durante los años ochenta con el éxodo en barco de camboyanos y vietnamitas, y con el colapso de las esperanzas revolucionarias en los años noventa, el apoyo a inmigrantes y buscadores de asilo se convirtió en un rasgo definitorio de la izquierda europea. La hospitalidad es una vieja y noble práctica en la mayoría de las culturas, pero tradicionalmente, sugiere Caldwell, era concedida temporalmente y con la condición de que no se ofendiera al anfitrión. Hoy el asilo es permanente e incondicional.

Había muchas razones para dar asilo en los años noventa, dado el número de refugiados (en su mayoría musulmanes) de crisis políticas en los Balcanes, Irán, Iraq, Somalia y la Turquía oriental. En la última época, sin embargo, los gobiernos

¹ Los lectores deben tener en cuenta que todas las cifras de este artículo proceden del libro de Caldwell, no de fuentes independientes.

Europeos han sido más selectivos en la concesión de estatus de asilado, aunque a los que ya disponían de él se les permitió llevarse consigo a otros por las políticas de reunión familiar. Con todo, los campos para grandes grupos de buscadores de asilo siguen existiendo—en el norte de Francia, en las Canarias españolas y en las islas italianas de Lampedusa y Pantelleria. En 2006, 30.000 africanos llegaron en cayucos a las Islas Canarias (y 3.000 murieron en el viaje) y 10.000 llegaron a las islas italianas.

Otra serie de políticas que agravan el problema inmigratorio europeo, sugiere Caldwell, tiene que ver con la vivienda y el desarrollo urbano. Las comunidades inmigrantes están cada vez más segregadas en Europa, las grandes ciudades tienen ahora barrios de inmigrantes que muestran todas las patologías de los guetos negros estadounidenses, como el crimen, el desempleo y una resistencia compartida a la integración social (empezando por la integración lingüística). La situación parece más dramática en Francia, donde en el período de posguerra sucesivos gobiernos llevaron a cabo políticas de vivienda que sacaban de manera efectiva a residentes pobres del centro de las ciudades a modernistas “ciudades radiantes” en la periferia que, por estar apartadas, estaban lejos de las fuentes de trabajo, carecían de su propia base comercial, eran arquitectónicamente brutales, ofrecían pocos espacios para actividades juveniles y cada vez se segregaron más de acuerdo con criterios raciales y étnicos. En los últimos años estas *banlieues* han sido escenario de terror criminal (incluyendo violaciones sistemáticas) y alzamientos espontáneos contra las fuerzas policiales que dejan a gente muerta y herida y propiedades destruidas. Son islas de miseria que uno no ve cuando visita los distritos históricos de ciudades como París.

Finalmente, hay fuerzas económicas que frenan la asimilación de inmigrantes en las sociedades europeas. Originalmente, por supuesto, los inmigrantes fueron invitados a Europa para que alimentaran el crecimiento económico después de la Segunda Guerra Mun-

dial, lo que por breve tiempo hicieron. Y después su presencia estuvo justificada porque aceptaban “trabajos que nadie más quería hacer” y contribuían al mantenimiento del estado de bienestar ahí donde la población nativa envejecía y no se reproducía. Pero como argumenta convincentemente Caldwell, un importante efecto de toda esta mano de obra barata fue posponer la modernización de las industrias manteniendo la mano de obra artificialmente barata. Había muchos trabajadores para manejar maquinarias atrasadas, y muchos más para trabajar en granjas, atender en restaurantes y mantener la infraestructura europea: sus maravillosos parques, sus grandes ciudades, sus monumentos. Pero la no inversión en investigación y tecnología acabó haciendo que el crecimiento económico se frenara en Europa en los años ochenta, lo que llevó a un estancamiento del mercado de trabajo y el alza del desempleo entre nativos e inmigrantes por igual. De repente, dada su dependencia del estado de bienestar, los inmigrantes se convirtieron en una carga económica neta, y sus elevados índices de reproducción auguraron una crisis inminente en la financiación de los programas sociales cuando ellos y sus hijos envejecieran. Mientras tanto, países con costes laborales más elevados se vieron obligados a modernizarse en los ochenta, lo que llevó a un crecimiento sostenido en Asia y Norteamérica. Desde la creación de la Unión Europea las economías de la zona han revivido y (a pesar de la actual crisis) van a crecer, pero los nuevos empleos que producen tienden a estar en sectores postindustriales—tecnología, servicios especializados—y para esos trabajos muchos inmigrantes no pueden competir, dada su insuficiente educación y su falta de dominio del idioma. Incluso la segunda y la tercera generación de inmigrantes permanecen en la base de la mano de obra debido a la falta de educación superior y de dominio lingüístico entre los hombres. (Caldwell señala, y es interesante, que las mujeres inmigrantes con frecuencia salen adelante más fácilmente en la nueva economía si gozan de educación. En las facultades de derecho

de Holanda, por ejemplo, hay el doble de mujeres inmigrantes que de hombres inmigrantes.)

El análisis de Caldwell de las fuentes demográficas, políticas y económicas del problema de la inmigración en Europa es atractivo, como han reconocido muchos de sus críticos, aunque ellos saquen conclusiones menos apocalípticas de los datos. Lo que ha hecho que su libro sea controvertido es su afirmación de que Europa está experimentando un incorregible “choque de civilizaciones”, no entre distintas naciones y culturas, sino en el interior de sus propias fronteras entre los nativos (es decir, blancos) y los inmigrantes musulmanes y sus descendientes. Se está desarrollando una batalla por el futuro político y cultural de Europa, y un islam confiado podría pronto amenazar la democracia liberal en la Europa occidental.

Los críticos de Caldwell, por otro lado, están por lo general de acuerdo en que, a pesar de las amenazas terroristas, los musulmanes europeos están encaminándose a la asimilación en sociedades más multiculturales, y que las barreras que quedan son sobre todo culpa de poblaciones nativas xenóforas. Caldwell no acepta esto ni por un momento. No sólo cree que la mayoría de los europeos musulmanes no desean integrarse, sino que en lo básico está de acuerdo con su razonamiento: en la frase más controvertida del libro, declara: “El islam no es en ningún sentido la religión de Europa y no es en ningún sentido la cultura de Europa.” Tomada literalmente, esta afirmación es obviamente cierta; pero tomada como predicción sobre la futura integración de los musulmanes y el islam en la sociedad europea se trata de una afirmación muy contundente, especialmente viniendo de alguien que reconoce que no es estudioso del islam y no sabe árabe. Pero, ingeniosamente, Caldwell no basa su afirmación en algún análisis espurio de la “esencia” del islam, ni relaciona a los musulmanes europeos como un todo con actos de terrorismo y crueldad doméstica. En lugar de eso infiere su conclusión del comportamiento de los musulmanes europeos y de sus

puntos de vista expresados en sondeos de opinión. De ahí la importancia de las estadísticas mencionadas anteriormente acerca de las actitudes sobre los países y la religión de sus anfitriones, que son sin duda inquietantes.

Su conclusión es que los musulmanes son distintos de otros grupos inmigrantes debido a la condición del islam contemporáneo, que es cada vez más conservador, intolerante, defensivo y (al mismo tiempo) asertivo en todo el mundo. Después de examinar los datos de las encuestas, lanza contra los musulmanes europeos la misma acusación que en el pasado se lanzara contra los judíos europeos: doble lealtad. Y se defiende por hacerlo. Lo que hace que el vínculo con el islam contemporáneo sea distinto que el vínculo con el judaísmo o el cristianismo, afirma, es que es más que un vínculo arraigado en el pasado, en la nostalgia: está movido por un programa político que tiene por fin dar forma al presente y al futuro. Esta causa, no la creencia religiosa, se ha convertido en una nueva y peligrosa fuente de identidad compartida. Es significativo, sugiere Caldwell, que la tercera generación de musulmanes de ascendencia inmigrante tiende más a sostener puntos de vista religiosos conservadores y a identificarse con el islam mundial que la segunda generación. Es también significativo que el islam político se haya convertido en fuente de unidad entre distintos grupos de inmigrantes musulmanes. En el seno de los países musulmanes, y entre ellos, hay mucha tensión y en ocasiones conflictos entre distintas sectas y variantes nacionales de la fe islámica. Pero, entre los inmigrantes europeos, el “islam” se ha convertido en una fuerza monolítica de resistencia a la cultura occidental, el fundamento de una identidad social compartida por musulmanes de África, Oriente Medio y el sur de Asia, sean suníes o chiíes. Lo que uno ve entre los hijos de inmigrantes de tercera generación, dice, no es asimilación sino disimilación inspirada por la causa global de defender al islam.

A esto, los críticos de Caldwell responden que, con el tiempo, el islam

europeo se adaptará a la democracia moderna en el siglo XXI como lo hicieron el cristianismo y el judaísmo en el XX. Caldwell considera esas esperanzas de liberalización teológica o “comprensión entre fes” una fantasía peligrosa. El diálogo religioso requiere reciprocidad, y Caldwell no ve apertura en el islam contemporáneo ni hacia otras fes ni hacia las ideas de la democracia liberal. O, más bien, ve esa apertura limitada a ciertas élites e intelectuales musulmanes, aunque de la mayoría de ellos —como el reformista Tariq Ramadan— desconfía y los acusa de doble juego. En la base, o entre musulmanes educados desafectos, el islam europeo es islamista, y el islamismo es una amenaza para las democracias occidentales mayor de lo que lo fue el comunismo. Es una ideología totalizadora que se ajusta a una amplia gama de quejas, produce solidaridad y es simple, capaz de ser comprendida por cualquiera, de un profesor universitario a un joven descontento de una *banlieue* parisina. Y, señala de una forma inquietante, probablemente haya más radicales islamistas en Europa hoy que bolcheviques en la Rusia prerrevolucionaria.

Esto es, por supuesto, una comparación absurda sobre la que los críticos de Caldwell se han abalanzado. Los bolcheviques consiguieron el poder por la fuerza, y no hay ninguna perspectiva de golpes de Estado musulmanes en la Europa occidental. La mayoría de los inmigrantes musulmanes, afirman, vienen a Europa o con la esperanza de convertirse en parte de la cultura europea mayor o para mantener sus comunidades étnicas y religiosas en el seno de la estructura de democracias liberales constitucionales que reconocen sus derechos y les dejan en paz. Y, aunque las estadísticas de Caldwell sobre cuestiones demográficas y políticas son por lo general precisas, no logra reconocer que muchos de esos números tienden hacia una misma dirección: los índices de reproducción de inmigrantes están descendiendo lentamente, menos musulmanes europeos asisten a servicios religiosos, etcétera. Caldwell es un escritor serio y debe saberlo, de modo que el lector se queda

preguntándose por qué presenta esa visión irremisiblemente parcial del estado actual de los musulmanes europeos, sin reconocer que existen señales esperanzadoras de integración. Es sólo al final del libro cuando descubrimos por qué: el principal objetivo de Caldwell no son los musulmanes europeos, su verdadero tema es el colapso interior de la cultura europea frente a un reto existencial.

Los alemanes, como de costumbre, tienen una excelente palabra para describir la actitud que da forma a todo el libro de Caldwell: *Kulturpessimismus*, “pessimismo cultural”. Fue una actitud desarrollada por vez primera en la derecha política tras la Revolución francesa, y se convirtió en una importante fuerza intelectual y política en Europa a principios del siglo XX, especialmente en Alemania. El ejemplo clásico de *Kulturpessimismus* es *Der Untergang des Abendlandes, La decadencia de Occidente*, de Oswald Spengler, que fue publicado al fin de la Primera Guerra Mundial y fue enormemente influyente en Alemania y más allá de sus fronteras. Spengler retrataba a Occidente como una cultura cansada que había perdido su esencia vital y ya no estaba segura de sus fines. Occidente no estaba derrumbándose ante un reto militar, estaba derrumbándose desde su interior debido al liberalismo, el materialismo, el capitalismo, el socialismo, el pacifismo, el arte moderno y el relativismo cultural. Las grandes culturas, sostenía, se mantienen unidas por una esencia racial; no en el sentido biológico, sino en el sentido tribal de un pueblo que comparte una tierra común, un pasado común y un destino común. Cuando se pierde esa esencia, la cultura se viene abajo.

El libro de Caldwell expresa un pessimismo cultural contemporáneo que, curiosamente, uno raramente se encuentra en la Europa que él ve al borde del colapso. Uno lo encuentra casi exclusivamente entre los neoconservadores estadounidenses con los que está aliado. Caldwell ha trabajado en un buen número de publicaciones neoconservadoras y actualmente es editor *senior* del *Weekly Standard*, la revista más influyente de esta familia ideológica estadounidense.

Es central en el pensamiento neoconservador desde los años setenta la idea (derivada de Leo Strauss, entre otros) de que las élites culturales en Occidente lo estaban minando al promover el relativismo cultural en casa y la retirada de la lucha con el comunismo en el extranjero. Aunque con el colapso del comunismo europeo hace veinte años los neoconservadores perdieron su principal adversario ideológico, el auge del islam radical en la última década los ha resucitado; también ha inspirado nuevas llamadas a que América se imponga a sí misma y sus valores en el mundo y lidere ataques contra aquellos que son “blandos” ante los retos militares y culturales que esta nueva ideología plantea. (A mi modo de ver, este programa para rejuvenecer Estados Unidos por medio de la lucha con un enemigo existencial fue lo que en realidad inspiró la decisión de la administración Bush de derrocar a Saddam Hussein tras los ataques del 11 de septiembre de 2001.) Los neoconservadores están profundamente comprometidos con los argumentos acerca de la “guerra contra el terror”, pero hasta ahora tenían poco que decir sobre el reto cultural del islam político, puesto que Estados Unidos tiene, en comparación con Europa, una población musulmana relativamente pequeña y bien integrada. Volviéndose hacia la experiencia europea con la integración musulmana, con todo, Caldwell ha dado a los neoconservadores el libro que querían y necesitaban sobre la debilidad cultural de Occidente hoy.

Esto no significa que las pruebas y los argumentos que Caldwell muestra no sean convincentes por sí mismos. Los datos demográficos y de sondeos que ha recopilado son sin duda preocupantes, como lo es la falta de disposición que demuestran las élites políticas y culturales europeas para tomar decisiones duras que reconduzcan los problemas. Señala que, según recientes sondeos, sólo 19 por ciento de los europeos creen que la inmigración ha sido buena para sus países, y que un 57 por ciento creen que hay demasiados extranjeros en sus sociedades. Y justo este noviembre pasado los

ciudadanos suizos votaron ampliamente en favor de prohibir la construcción de minaretes en el país. ¿Por qué este escepticismo compartido, y esta absoluta hostilidad, hacia la inmigración no se ha traducido en políticas que controlarían más duramente la inmigración y preservarían la integridad cultural de Europa? Porque, sostiene Caldwell, las élites europeas han criminalizado de manera absoluta la expresión de puntos de vista contrarios a la inmigración, han demonizado a los políticos que los airean y los han acusado de “azucar el odio”. En países como Francia, Alemania y los Países Bajos el antirracismo se ha convertido en un amplio programa político destinado a que Europa haga penitencia por sus pecados del pasado y a crear sociedades multiculturales con vínculos débiles con sus pasados nacionales. Cuando un periódico holandés publicó caricaturas que retrataban a Mahoma bajo una luz satírica y musulmanes de todo el mundo reaccionaron contra ellas, a veces violentamente, amenazando al periódico y a los dibujantes, la opinión de muchos intelectuales y políticos europeos era que debían suprimirse las imágenes, y no defendieron instintivamente el derecho de los periódicos a publicar lo que quieran ni condenaron las amenazas de violencia. (Y resultaron ser veraces: uno de los dibujantes implicados en el incidente escapó por los pelos del ataque mortal de un asesino radical musulmán en la primera semana de enero de este año.) Y recordemos que en 2006, cuando una ópera alemana que presentaba la obra de Mozart *Idomeneo* fue amenazada por radicales musulmanes por mostrar la cabeza cortada de Mahoma (y Jesús, y Buda) en el escenario, como se indica en el libreto, las fuerzas de seguridad estatales aconsejaron a la ópera que cancelara la producción, cosa que hizo. Caldwell recoge muchos sucesos como estos, desde la *fatwa* contra el novelista Salman Rushdie en 1989 hasta el presente, los cuales, sostiene, demuestran que las élites europeas ya no están dispuestas a defender sus principios políticos y sus valores culturales ante un desafío. Su argumento no es débil.

Pero ¿adónde lleva finalmente? Caldwell podría haberse limitado a escribir un libro que llamara la atención de los europeos sobre sus fracasos a la hora de enfrentarse a los retos y las patologías de la inmigración musulmana masiva, y quizá sugerido políticas prácticas para aliviarlos de algún modo. En ocasiones lo hace. Señala que aunque Canadá tiene una cuantiosa población nacida en el extranjero (un 20 por ciento), la mayoría se ha integrado con éxito porque Canadá es muy selectiva con respecto a quién deja entrar, y favorece a los que tienen educación, dominan el idioma y tienen perspectivas de empleo; también lleva a cabo comprobaciones económicas, médicas y de seguridad a todos los aspirantes. Dinamarca, por su parte, ha hecho lo que ha podido para detener la marea de novias extranjeras a través de la estricta política de probar y esperar antes de otorgarles la residencia y negando a la mayoría de ciudadanos daneses menores de 24 años la residencia en el país si están casados con una mujer que no es de la Unión Europea. Caldwell también elogia los esfuerzos del presidente francés Nicolas Sarkozy (hijo de inmigrantes húngaros) para hacer que Francia sea más hospitalaria con las diferencias culturales mientras, al mismo tiempo, muestra mano dura con el crimen y la necesidad de que todos los inmigrantes y sus hijos se conviertan en ciudadanos de pleno derecho partidarios de los derechos proclamados en la Declaración de los Derechos Humanos y la Constitución francesas. (Incluso ha lanzado una campaña contra la burka, una prenda que cubre todo el cuerpo que algunas musulmanas llevan fuera de casa, con el argumento de que es una señal de opresión y les impide participar igualmente como ciudadanas.) En Sarkozy, Caldwell halla un modelo de líder europeo al que le gustaría ver enfrentándose al problema de la inmigración con humanidad mientras se niega a ceder en los principios políticos básicos de la democracia liberal europea.

Pero *Reflections on the Revolution in Europe* no acaba con la recomendación de algunas políticas, o con una expli-

cación de avances esperanzadores en políticas de inmigración. Acaba donde probablemente empezó en la mente de su autor, en un profundo *Kulturpessimismus*. La última frase del libro podría haber sido escrita perfectamente por un spengleriano de principios del siglo XX: “Cuando una cultura insegura, maleable y relativista se topa con una cultura afianzada, segura y fortalecida por doctrinas comunes, es normalmente la primera la que cambia para encajar en la segunda.” El libro acaba siendo una profecía sobre Europa, una llamada a que ésta se despierte y rejuvenezca, o se prepare para convertirse en “parte del occidente arábico, del Magreb”. También da unas bienvenidas municiones a los neoconservadores estadounidenses en su lucha contra las “élites culturales” occidentales que se niegan a librar la batalla correcta contra el nuevo enemigo. Y, finalmente, nos recuerda con qué frecuencia los argumentos sobre la inmigración están inspirados en ansiedades sobre el objetivo nacional y el destino histórico y no en problemas concretos e inmediatos.—

— MARK LILLA

Traducción de Ramón González Férriz

CRÓNICA

Tres muertes de Rodolfo Walsh



Rodolfo Walsh
¿Quién mató a Rosendo?
Madrid, 451 Editores, 2010
196 pp.

El escritor y periodista argentino Rodolfo Walsh murió el 25 de marzo de 1977 en una emboscada poco después de que enviara a varias redacciones de periódico su “Carta abierta de un escritor a la Junta militar”, en la que daba cuenta de la motivación principalmente

económica que estaba detrás del baño de sangre que cubría al país desde el golpe de Estado del año anterior. En cierta forma, también puede afirmarse que Rodolfo Walsh murió el día en que la dirigencia de Montoneros, la organización militar y política a la que pertenecía, decidió el paso a la clandestinidad dejando desamparados a sus militantes, que fueron abandonados en el país —mientras esa dirigencia huía al extranjero— para ser masacrados en nombre de un levantamiento popular que no podía producirse y no se produjo. Puede sostenerse incluso que Rodolfo Walsh murió mucho antes, a finales de 1956, cuando conoció el testimonio de uno de los sobrevivientes de los fusilamientos de obreros peronistas en junio de ese año y comenzó una investigación que arrojó como resultado un libro —*Operación masacre* (451 Editores, 2009), uno de los más extraordinarios de la literatura argentina— y la politización de su autor, que pasó de ser el muy correcto periodista que en sus ratos libres escribía cuentos policiales de inusual precisión y limpieza formal al escritor que inventaba sin saberlo el relato de no ficción ocho años antes de la aparición del que la crítica considera su primera manifestación —“The Kandy-Kolored Tangerine-Flake Streamline Baby” de Tom Wolfe (1964)— y dejaba entrar a su literatura la suciedad, la incertidumbre y el miedo, que son los materiales con los que narró una época que tuvo de los tres en abundancia.

¿Quién mató a Rosendo? (1968) es su segundo relato de no ficción después de *Operación masacre* (1957). Al igual que este último, fue publicado inicialmente en la prensa por entregas, en esta ocasión en el semanario de la CGT de los Argentinos, un grupo de gremios peronistas opositores a la dictadura. Al igual que en *Operación masacre*, Walsh no se limita aquí a narrar un hecho específico, sino que documenta también la investigación y las repercusiones de su publicación en la prensa, todo un antes y un después de la noticia que la contextualizan y dan cuenta de que lo más importante para el autor no es el esclarecimiento de un hecho sino la intervención directa en la

política a través del relato de ese hecho. A diferencia de *Operación masacre*, por lo demás, en este libro no hay ningún deseo de reparación ni de trazar una línea entre “buenos” y “malos”, sino una voluntad explícita de denuncia y de utilización política de la misma. ¿Quién mató a Rosendo? reconstruye la balacera que tuvo lugar en la pizzería La Real de la localidad bonaerense de Avellaneda el 13 de mayo de 1966. En ella se enfrentaron dos sectores rivales del gremialismo peronista y el resultado fueron tres muertos: el dirigente de los obreros metalúrgicos Rosendo García, a quien Walsh describe como un “simpático matón y capitalista de juego”, el “griego” Domingo Blajaquis, “un auténtico héroe de su clase”, y Juan Zalazar, “cuya humildad y cuya desesperanza eran tan insondables que resulta como un espejo de la desgracia obrera”. Walsh narra los antecedentes de todos los participantes en el enfrentamiento, alternando hábilmente el relato de esos antecedentes con el de la escaramuza en la que tomaron parte. Se detiene especialmente en dos figuras: la de Augusto Timoteo Vandor, principal referente del gremialismo argentino de la época e impulsor de un “peronismo sin Perón” que contaba con las simpatías del sector militar y de los empresarios, y la del comunista Blajaquis, a quien, en palabras de uno de sus amigos, “lo cascaron los conservadores, lo fajaron los radicales, lo expulsaron los comunistas, lo torturaron los libertadores y al final lo masacraron los que se dicen peronistas”. Walsh no hace un misterio de sus simpatías, pero tampoco tergiversa los hechos: contra lo sostenido en la chapucera investigación judicial llevada a cabo, el autor prueba que el grupo de Blajaquis no estaba armado y que los disparos provinieron exclusivamente del sector de Vandor. Para probar esto, recurre a los testimonios de los sobrevivientes pero también, al igual que en *Operación masacre*, a las actas judiciales, que rectifica reconstruyendo las evidencias destruidas por la acción policial, aportando sentido común a las pericias poco rigurosas y a las inconsistencias en los fallos de los jueces, desestimando

testimonios contradictorios y denunciando la compra o la coerción de los testigos y la campaña de prensa que quiso hacer pasar a las víctimas por victimarios. *¿Quién mató a Rosendo?* narra el momento en que se producen las primeras tensiones entre la militancia sindical surgida de las luchas de la Resistencia y la emergente juventud peronista, y, con su vocabulario—repleto de expresiones como “teoría revolucionaria”, “clase obrera”, “seguir activando”, “militante”, “campo político”, “conducción”, “vanguardia obrera y revolucionaria”, etcétera— presenta un estado de la lengua en la Argentina de la época. También es interesante que los protocolos de diálogos, el discurso libre indirecto y el croquis son elementos que ya aparecían en la ficción policial de Walsh y establecen una continuidad entre la obra de ficción y la de no ficción, entre el ejercicio estético y el ejercicio político de la literatura.

En ese sentido, *¿Quién mató a Rosendo?* pretende dos cosas: en primer lugar, denunciar la connivencia de jueces, políticos y policías destinada a librar de culpa y cargo a Vandor y, en segundo lugar, probar que ese interés por salvar al dirigente gremial respondía al hecho de que éste era funcional al sometimiento de los trabajadores. En un apéndice a la obra, Walsh reconstruye la historia del gremialismo metalúrgico en la Argentina y prueba cómo la conducción de Vandor contribuyó al empobrecimiento de la clase obrera antes que a la defensa de sus derechos. “Si los trabajadores lo juzgan hoy duramente [a Vandor] es por los resultados de su acción”, afirma Walsh.

Según biografías como la excelente *Rodolfo Walsh: la palabra y la acción* de Eduardo Jozami (2006) e investigaciones periodísticas recientes, el escritor formó parte del grupo que el 30 de junio de 1969, poco después de la publicación de *¿Quién mató a Rosendo?*, asesinó a Vandor en su oficina ejecutando lo que consideraba que era la justicia de esos trabajadores. Curiosamente este hecho no es mencionado en el “epílogo del editor” y sólo es insinuado en el escasamente introductorio prólogo de Isaac Rosa a esta edición. El asesinato de Vandor fue el

puntapié inicial de la organización guerrillera Descamisados, que más tarde se sumó a las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP) y en 1972 se disolvió oficialmente para integrarse a Montoneros, la organización a la que Walsh seguiría vinculado hasta su muerte. “Lo cagamos a tiros y no se caía el hijo de puta”, afirmó exultante el subcomisario que dirigió cinco años después el operativo en el que fue asesinado el escritor. Sin embargo, y contra todo lo dicho anteriormente, Rodolfo Walsh sigue allí de pie aún, el muerto más escandalosamente vivo de la literatura argentina. —

— PATRICIO PRON

DIARIOS

El odio de un aristócrata del espíritu



Friedrich Reck
Diario de un desesperado
Traducción de Carlos Fortea
Edición y posfacio de Christine Zeile
Barcelona, Minúscula, 2009
302 pp.

Friedrich Percyval Reck-Malleczewen (1884-1945) nació en Prusia Oriental como descendiente de una acaudalada familia de recio linaje rural. “Malleczewen” se llamaba la hacienda paterna de más de 166 hectáreas, ubicada a un centenar de kilómetros de Königsberg; y con el nombre de la heredad firmaba Reck las novelas de aventuras que le reportaron cierta fama durante los años de la República de Weimar entre la gente joven, devota de Robert Louis Stevenson o Karl May. Hoy, la posteridad ha olvidado títulos como *Con el almirante Spee*, *La dama de ultramar* o *Bombas sobre Monte Carlo* (llevada al cine en 1931 y 1959); eran obras sin pretensiones literarias, escritas para entretener y ganar dinero. Aunque autor de obras de género menor, Reck era un hombre de exquisita cultura, que

pensaba y sentía como un humanista a la vieja usanza; un enamorado de los libros, dueño de una biblioteca impresionante que albergaba valiosos volúmenes antiguos; sin embargo, nunca quiso expresar sus pensamientos en ensayos o tratados filosóficos—tal y como hiciera su gran amigo Oswald Spengler—y prefirió abogar por la didáctica sesgada que podía transmitir en sus novelas, en las que exaltaba el amor a la naturaleza o la fidelidad a los valores tradicionales de valentía y generosidad, contraponiéndolos a la cobardía, la maldad y el egoísmo extremo. Con la llegada de Hitler al poder, Reck-Malleczewen publicaría un libro distinto de los anteriores y que, en la actualidad, ha sido reeditado en Alemania: *Bockelson, historia de una locura colectiva* (1937). En una recreación histórica, entre novela y ensayo, que recuerda ligeramente a los célebres estudios biográficos de Stefan Zweig, Reck rememoraba el efímero y sangriento triunfo de la secta de los anabaptistas en la ciudad de Münster en el siglo XVI: Bockelson (o Jean van Leyden), el líder de la revolución, un iluminado megalómano que se proclamó rey, instauró en aquella ciudad un régimen tiránico de terror que duró cerca de dos años y que concluyó con un inmenso baño de sangre y con el propio Bockelson ajusticiado entre horribles suplicios. Reck veía en aquel negador del Estado un trasunto de Hitler. El libro tuvo una vida efímera, pues los nazis advitieron enseguida el potencial explosivo de aquella ominosa historia del pasado cuyos pormenores—manipulados por Reck—reflejaban el clima de terror que ya se sentía en la moderna “Germania”; de manera que finalmente desapareció de las librerías.

Friedrich Reck había estudiado medicina en Innsbruck; se doctoró y obtuvo la licencia para ejercer como médico, pero nunca fue ésta su vocación y con el tiempo dejó de practicar esa profesión. Se casó con una mujer mayor que él sin el consentimiento paterno; tras un largo viaje a Sudamérica como médico de a bordo, Reck y su esposa se establecieron primero en Stuttgart y después en Pasing, al lado de Múnich. Las aventuras

vividas durante el exótico viaje, junto al apoyo y el ánimo de su mujer, animaron a Reck a probar suerte en el ámbito del periodismo; escribió artículos y reportajes para el *Süddeutsche Zeitung* y pronto se animó a escribir relatos y novelas basadas en sus viajes. Tuvo tres hijas y un hijo antes de divorciarse en 1930. Volvió a casarse en 1935 y fue padre de otras tres niñas; compró propiedades rurales en Baviera, región que le encantaba por su belleza natural y se retiró a vivir a una antigua casa solariega poco antes de que su asqueo por la llegada de los nazis alcanzara el máximo, y allí fue donde dio rienda suelta a su odio contra los nuevos amos y a su dolor por Alemania.

Antes, como periodista atento a la realidad política y social de su país, Reck había vivido con intensidad los años de la República de Weimar, y asistió cual testigo privilegiado al nacimiento y ascenso del nazismo en Múnich, la denominada “capital del movimiento”, en donde también se había hecho un hueco entre la intelectualidad del momento; era la época de Ernst Nikkisch, Friedrich Georg y Ernst Jünger o Thomas Mann y su hermano Heinrich. Más ligado a los intelectuales conservadores que a los de izquierdas, hoy se considera a Reck adepto al movimiento que propugnaba una “revolución conservadora” en Alemania, nacido a raíz del malestar con los políticos y el espíritu de Weimar.

Con los años, como ya se dijo, Reck llegó a ser propietario de una antigua granja en Chiemgau, en Baviera, y sus modales se ajustaban bien a los de un terrateniente orgulloso de su recia ascendencia. Por lo visto, a Reck le gustaba aparentar aquello que tan sólo era en su imaginación: un caballero conservador de rancio abolengo. Adoptaba modos y costumbres aristocráticas en su vida diaria, vestía muy atildado y lucía trajes caros, le encantaba que lo tomasen por un oficial de caballería en excedencia y que en los periódicos le asignasen como única profesión “terratendiente y trotamundos”. Sus amistades y relaciones apuntaban siempre a personas de las clases más elevadas, cercanas a la extinta monarquía de los Habsburgo, de la que era devoto.

De manera que quien lee sus diarios cree descubrir allí las reflexiones de un verdadero aristócrata amante de la naturaleza y de las viejas tradiciones, enemigo de “la nueva era de la técnica” que en nada favorece un aparente “progreso” que detesta; para él, el progreso sólo podía ser del espíritu, no de la materia que lo mata y esclerotiza. Este pretendido aristócrata da rienda suelta a su odio, asqueado por el giro que protagoniza la política y el conjunto de la sociedad en la Alemania nazi, dominada de la noche a la mañana no ya por el pueblo, sino por la plebe.

Como tantos intelectuales del momento, los ya citados Spengler y Jünger, o incluso el ambiguo Thomas Mann de las *Consideraciones de un apolítico*, Reck esperaba y deseaba una *revolución espiritual* que debía cambiar la mentalidad alemana, deshecha y desanimada, falta de ideales vitales, sumergida en el nihilismo, descreída y sin ningún proyecto existencial, y dirigirla hacia otra manera de pensar y de sentir, mejor y más activa, acorde con los antiguos ideales de Bondad y Belleza y encaminada hacia la voluntad de una vida plena, optimista, positiva y llena de sentido. Dicha revolución tendría que venir de la mano de unos nuevos señores, de unas elites ejemplares. Algo lo sedujeron los iniciales cantos de sirena nazis, que asimismo parecían proclamar una nueva era; algo participó también de la euforia que emborrachó a Alemania en el ocaso de la República de Weimar, cuando se apostaba por un cambio, por desenterrar el viejo orgullo sepultado en Versalles.

Igual que el filósofo Martin Heidegger y tantos otros intelectuales, obnubilados por los vientos de reforma que prometía el nuevo orden, también Reck creyó en una resurrección alemana, mas enseguida sospechó que de ningún modo la traerían los nazis. Pronto advirtió la catástrofe que se cernía sobre su país y sobre Europa bajo el dominio de Hitler, ese “gran Manítú”, el “jefe de una banda de bandoleros”, “un Napoleón sin mujeres”, “el gran eunuco” o... “ese puerco”. Lector de Ortega y Gasset, Reck admiraba *La rebelión de las masas*, obra traducida al alemán por Helene

Weyl en 1930, sólo un año después de su publicación en español. Hay varias menciones al filósofo madrileño en el *Diario de un desesperado*, y siempre para demostrar que el triunfo de las masas en Alemania significaba el triunfo de la mendacidad y la vulgaridad, y en modo alguno el gobierno de los seres excepcionales que suelen encontrarse en todos los estamentos sociales, aunque en escasa afluencia, tal y como observaba Ortega. Para Reck el triunfo de las masas no significaba democracia, como en Norteamérica, sino la extinción del Estado, amordazado por Hitler y sus cómplices. Malleczewen se sintió desilusionado por aquella ola de vulgaridad vestida de uniforme que asoló Alemania. Pronto lo horrorizaron los llamamientos a la población para que formase agrupaciones masivas paramilitares, los eslóganes de la propaganda, la putrefacción y aniquilación del lenguaje cotidiano a cambio de un lenguaje políticamente correcto henchido de propaganda e ideología (lo mismo que llamaría la atención a alguien muy distinto: el judío Viktor Klemperer, quien también llevó unos diarios hoy esenciales –*Quiero dar testimonio hasta el final*, en Galaxia-Círculo– y nos legó una obra fundamental sobre la lengua del Tercer Reich: *LTI*, en Minúscula).

El *Diario de un desesperado* fue calificado por Joachim Fest de “diario del odio”. Y es cierto, negra pasión destilan las páginas escritas por Malleczewen, así como una profunda insatisfacción teñida de impotencia y rabia. “Acostarse con odio, soñar con odio y levantarse con odio por las mañanas”...

Los actos que un hombre tan lúcido pero también tan visceral como Reck podía ejecutar eran protestar con vehemencia o liarse a tiros; sin embargo, el afán de proteger a su familia lo obligaba a callarse y ser prudente, pues era imposible intentar algo contra la tiranía a pecho descubierto sin que lo detuvieran o lo asesinaran; de modo que tuvo que recurrir a este tan socorrido “exilio interior”, en el que de una u otra forma se refugió la población alemana que en secreto odiaba a Hitler.

El diario—muy bien escrito en el original y traducido con solvencia— contiene una sucesión de reflexiones sobre la estupidez nazi y el sinsentido de esa nueva Alemania, caída “bajo el dominio de Satán”. Describe también cómo la efusión inicial de los alemanes fue desvaneciéndose con la guerra mundial y cómo llegó hasta el hastío total y la desesperación con los bombardeos masivos y la muerte sembrada por los aliados. Reck proporciona una visión de una ciudadanía abrumada en su mayoría, que contrasta con aquellas personas que, ideologizadas y fanatizadas, siguieron propagando hasta el fin las absurdas consignas del Partido. Para Reck queda claro quiénes fueron los auspiciadores y secundadores de la “revolución nazi”: “la chusma más infernal del mundo: una chusma que no surge del proletariado”, sino del “pequeño funcionario”, de “los maestros de escuela, las criadas, las secretarías y los mozos de cuerda”, todas estas mediocridades, de reducido o nulo entendimiento, contribuyeron a convertir a una nación poderosa en la que dominaba el pensamiento crítico en un pueblo de “neandertales”. El espíritu “valientemente girondino, granburgués”, que defendía Ortega en su libro, “bastante proscrito hoy en Alemania”, como escribe Reck, brillaba por su ausencia.

Estudiosos actuales discuten si a Reck-Malleczewen los nazis le desce-rrajaron un tiro en la nuca o si murió de tifus; lo cierto es que no vivió para asistir al final del odiado régimen, ya que pereció en el campo de concentración de Dachau, en las inmediaciones de Múnich, donde finalmente terminaron por internarlo a causa de una delación; sus vecinos del pequeño pueblo bávaro de Truchtlaching, cercano a su propiedad, lo respetaban, pero de sobra eran conocidas sus cínicas observaciones sobre el régimen hitleriano; había espías por todas partes en aquel leviatán agónico que se negaba a perecer a pesar de su estulticia y uno de ellos lo denunció. La fecha de su muerte es la del 16 de febrero de 1945, dos meses y medio antes de que Dachau fuera liberado por los norteamericanos. —

— LUIS FERNANDO MORENO CLAROS

ENSAYO

Del 68 a hoy



Christopher Hitchens
Amor, pobreza y guerra
Traducción de Daniel Gascón Madrid, Debate, 2010
537 pp.

En un artículo publicado en *City Journal* con motivo del cuarenta aniversario de mayo del 68, Christopher Hitchens dejaba claro que no era “solamente un hombre de los años sesenta, sino un *soixante-buitard*”. En sus primeros años como adulto, explicaba, su mundo intelectual y su compromiso político habían girado alrededor del 68 y de los acontecimientos que, aunque fueran algo anteriores o posteriores, asociamos con él: naturalmente la revuelta de París, pero también Vietnam, la muerte del Che, las manifestaciones en Checoslovaquia, las huelgas en Polonia, los coroneles griegos, Tlatelolco, la pérdida de las colonias de Portugal, el antifranquismo... Hitchens era entonces un revoltoso heredero del legado político e intelectual de la Gran Bretaña de posguerra en una de sus más ilustres versiones, la del izquierdista radical, antiautoritario e internacionalista, y como tal se comportaría: pese a mantener una relativa ortodoxia de *man of letters* progresista—así en su trabajo en la británica *The New Statesman* y más tarde en los ensayos de la estadounidense *The Nation*, donde atacó con dureza la política exterior de Kissinger, la Iglesia católica o los errores de Israel— fue expulsado del Partido Laborista, se unió a un grupúsculo trotskista y más tarde se dio cuenta de que si algo no iba a ser *The Hitch* era un hombre de partido.

Sin embargo, el gran cambio—en él o en la percepción que se tenía de

él— tuvo lugar en 1989, cuando la izquierda respondió con tibieza a la *fatwa* declarada contra su amigo Salman Rushdie y él la acusó con muy malas pulgas. Después, en 1995, escribió un libro demoledor sobre el epitome de la bondad de nuestro tiempo, la Madre Teresa de Calcuta; en 1999 la emprendió con el líder de la izquierda global, Bill Clinton; Nueva York fue agredida y afirmó que los atacantes no eran más que un puñado de fascistas; se enfrentó a Noam Chomsky y Michael Moore; defendió la invasión de Iraq... Y, naturalmente, fue acusado de traidor, de vendido a la derecha. Tal vez su ateísmo militante suavizara lo que para muchos era un perfil reaccionario, pero ¡almorzaba con Paul Wolfowitz! ¡Colaboraba en *The Weekly Standard*!

Sin duda, el caso de Hitchens no es único. Otros *soixante-buitards* como él—de Glucksmann a Vargas Llosa, de Amis a Savater—abandonaron también en algún momento el papel de joven revolucionario *cool* para asumir el de interesante madurito pragmático. Y con ese paso crearon una nueva clase de intelectual: no habían sido *cold warriors* pero conocían de primera mano el enfrentamiento entre las sociedades autoritarias y las liberales; vieron las ventajas del orden burgués pero no cedieron ni un palmo en las libertades religiosas y sexuales; acabaron codeándose con políticos que no sé si esperaban ver a su lado pero supieron no renunciar a seguir siendo *contrarians* socarrones y dignos de poca confianza (para los políticos). Ciertamente, su pose rebelde ha evolucionado con una sospechosa sincronía con las tendencias más o menos vencedoras en el mundo occidental, de ahí que muchos les consideren inteligentes oportunistas. Creo más bien que son finísimos detectores de los nuevos peligros.

Amor, pobreza y guerra probablemente sea, en este sentido y en casi todos, el mejor libro de Hitchens, lo que es mucho decir. Recoge artículos de los últimos quince años—y alguno anterior, pero todos de su período *balcón*—y es una prolongación madura de esa

temprana preocupación por la libertad del *soixante-buitard*. Están las grandes causas: vamos con él a Cuba –que es un desastre–, a Corea del Norte –que parece una broma–, y al Kurdistán –que es un dolor–, y asistimos a su respuesta –y la de los demás– al II-S; pero también las no tan grandes: la persecución de los fumadores –que le enerva–, la constante reivindicación de Churchill –que no le gusta un pelo– o la burocracia vaticana –que le resulta casi divertida. Y también, al fin, la literatura: Bellow, Waugh, Borges, Dylan.

Amor, pobreza y guerra es pues un recorrido por las cosas del mundo que le han interesado a ese *soixante-buitard* cruzado que es Hitchens, pero también un cuidado monumento a Hitchens. No estamos ante un hombre modesto, y cada vez que da un paso quiere que su figura sea casi tan grande como el paisaje que pretende describir: esté leyendo a un viejo maestro en su estudio con una copa o discutiendo con un guía tramposo en cualquier rincón desgraciado del planeta, siempre se cuida de que ese hombretón gordo, culto y bromista se asome y nos asombre por su perspicacia. De nuevo puede parecer oportunismo. De nuevo no creo que se trate de eso: es que a Hitchens le encanta su trabajo y sabe que la personalidad es parte fundamental de él.

Hitchens, pues, es esa clase de intelectual que puede apretar los dientes hasta que le sangran las encías ante una injusticia o una estupidez y después pasárselo bomba denunciando el error con buenos argumentos. No se trata de esa frivolidad que en tantas ocasiones surge entre otros miembros de su generación, sino del gusto por un viejo oficio renovado –Hitchens suele remontarse a Zola y a Orwell– que puede ser enormemente gratificante y además, si hay suerte, útil. ¿Por qué entonces fingir que uno no disfruta? No es cuestión de poner cara de mártir ante la pobreza y la estulticia del mundo, sino de ser un profesional serio, obstinado y ligeramente vanidoso. Es más útil que lloriquear. –

– RAMÓN GONZÁLEZ FÉRRIZ

POESÍA

Imagen/intimidación última



Julio Trujillo
Pitecántropo
Oaxaca,
Almadía, 2009
114 pp.

Hay poetas que perciben la tradición como una incalculable cuenta bancaria que inesperadamente les legó un tío lejano. Cautelosos, se acomodan a vivir de los holgados intereses sin poner nunca en juego el capital (porque, ¿y si lo pierden todo?). Otros poetas, en cambio, ejercen su tradicionalismo con la actitud de quien hereda una casona y decide mudarse a vivir en ella. Los primeros pueden darse el lujo de gastar un poquito en fuegos artificiales. Los segundos, no: cultivan lo mismo nogales que goteras; jubilan o atesoran lámparas empolvadas; se animan –herejes, insensatos– a practicar reparaciones, rasgar un tapiz del XIX o de plano echar abajo cierto muro.

Julio Trujillo, el autor de *Pitecántropo*, pertenece a la segunda estirpe.

Desde su libro *Una sangre*, publicado en los noventa, Trujillo (ciudad de México, 1969) demostró que poseía buenas cualidades para llegar a ser un poeta de prosapia dentro de los estándares estéticos del país: a saber, una buena educación literaria y un oído francamente envidiable. Tenía también, hay que decirlo, una flaqueza: las notas de Paz y de los Contemporáneos sonaban a veces demasiado fuerte en su diapason. *Una sangre* condesciende, en varios de sus pasajes, a cierto dialecto lírico que no es raro encontrar en la poesía mexicana; algo que sería oneroso precisar en una reseña pero que algunos lectores reconocemos y que, para acortar espacio, llamaré aquí el “bellismo”

nacional. Trujillo pudo elegir, como han hecho otros poetas de su (mi) generación, nadar con serenidad en tales aguas. No lo hizo: a lo largo de la última década sus poemas, unos regulares y otros deslumbrantes, se manifiestan como pulsión y repulsión en torno a un estado de crisis: el de la capacidad de la poesía para simbolizar el mundo.

Me parece que *Pitecántropo* es, hasta hoy, la zona de mayor tensión estilística en la obra de Trujillo. Se trata de una colección de anotaciones en prosa (algunas enigmáticas; otras muy sueltas, como hechas al vuelo; otras más aforísticas, o epigramáticas, o proto-narrativas) en que el autor se despoja de un límite de la primera persona: no el yo como entidad mundana o gramatical (una práctica que a estas alturas es casi preceptiva literaria), sino del yo como función cultural: el yo como poema. Y no es que la escritura de *Pitecántropo* sea llanamente antipoética, sino algo más complejo. Se trata de cabales poemas en prosa cuya música verbal es precisa, pero que están a toda hora espíandose a sí mismos para encontrarse en fallo, para asumirse como no poemas. Como des-poesía. Ofrezco breves ejemplos que ilustran lo que digo: “Prendiste pero apaga: que sea mental la parrafada”; “Sin música, pero mezclando resonancias como DJ”; “Un instructivo es siempre fatigable”; “Inventarías los números en un verano, si no existieran. Tu vida, luego, sería la empresa inútil de olvidarlos”; “Es que esta oreja ardiente se está abriendo, carnívora y vulgar, para atrapar viscosidades”.

Este último fragmento me parece uno de los más reveladores. La oreja –el atributo literario que la crítica celebra constantemente en la obra de Trujillo– se ve confinada a una imagen que transmite repugnancia: viscera y mordedura. Si sumamos a esto el hecho de que un muy buen versificador haya elegido la prosa como medio expresivo, comenzaremos a acercarnos a la brutal delicadeza de *Pitecántropo*.

En uno de sus múltiples pasajes sobre Shakespeare, Harold Bloom señala lo que considera la mayor relevancia psí-

quica, estética, cultural en las tragedias del dramaturgo inglés: “el personaje se escucha a sí mismo por accidente”. A la mitad de un monólogo, Hamlet o Iago o Marco Bruto descubren algo de sí mismos que ignoraban, o mejor: al espionarse diciendo algo, se conocen ajenos. Esta vocación por el autoespionaje lingüístico (el poeta se escucha a sí mismo por accidente) es piedra angular de la poesía lírica: es ahí donde se tensan el sonido y el sentido, el aparato fonético y la teoría literaria. Trujillo asume esta herencia:

También se anilla la perra, negra como esta noche miope, sobre el raído kilim. Oyes su respirar paudado: es un abismo en cuyas curvas caes, es un sueño que emulas, ya casi estás con Viel pero nadando de pechito.

El autoescarnio no podría ser más sangriento. Apenas el poema en prosa estaba adquiriendo lirismo y plasticidad, la despectiva referencia al influjo de Héctor Viel Temperley lo destroza. Lo destroza para convertirlo en otro poema: un oxímoron: enunciado que es a un tiempo mexicanismo y referencia culta, porque la natiación como estado de trance místico es uno de los tópicos recurrentes en la obra de Viel. La construcción se erige no sólo como autocrítica, sino también como sátira contra la legión de poetas mexicanos que han (hemos) querido imitar *Hospital Británico*. Al partir el eje tradicional de su poema para construir un objeto nuevo mediante una referencia descontextualizada, Trujillo desvía su discurso hacia esa clase de arte al que Nicolas Bourriaud diera el nombre de postproducción: un remix de productos culturales disponibles.

¿Cómo acotar o de plano cercenar el oído, esa zona virtuosa y viscosa con la que el poeta se espía a sí mismo constantemente, se manifiesta hipercrítico? Para desactivar al yo travestido de subtexto, de retórica, de símbolo cultural, de poema, Trujillo se propone un ejercicio aparentemente simple: reducir su biografía a la captación y emisión de

imágenes. En rigor, podríamos decir que *Pitecántropo* es un diario íntimo. Sólo que aquí la palabra “intimidad” se nos ofrece en todo el esplendor de su abismo: lo más privado que uno posee no es aquello que confiesa sino aquello que percibe y no logra codificar por entero. Imágenes cazadas entre la mirada (que se desborda hacia la fantasía y/o el conocimiento eidético) y la oreja (que quisiera ordenar en su decir, pero no puede).

Pitecántropo ostenta un subtítulo que, hasta donde sé, era el nombre original del volumen (y qué bueno que alguien haya decidido cambiarlo, porque como título me parece bastante desafortunado): *La última de las historias posibles*. La frase por sí sola suena a palabrota: esas que de tanto abarcar sentidos terminan por no significar nada. Sin embargo, proviene de un fragmento de Lezama Lima que Trujillo ha usado como epígrafe y que contiene, creo, el programa general de la obra: “La imagen como un absoluto, la imagen que se sabe imagen, la imagen como la última de las historias posibles.”

Imaginar (intimidad última) es el ejercicio de percepción que Trujillo se ha impuesto en este libro. Imaginar: arrastrar el lenguaje hasta la franja polarizada del parabrisas de un taxi, hasta el cadáver de un mosquito, hasta la tristeza que se fermenta en una gasolinera, hasta los talones de un tornado. Imaginar mediante un catálogo minucioso de grietas en el cuerpo de la lógica. Imaginar contra (pero también, inevitablemente, a merced de) la prosodia.

Pitecántropo es un libro de belleza consternada. Su manera de afrontar la poesía no es la de un rétor o un declamador sino la de un irredento cazador de huracanes:

No hay lienzos asesinos ni pelis que devasten kilómetros de casas. El miedo real potencia su hermosura. Son muerte aproximándose y no hay red que los atrape (mucho menos este frasco con hoyitos en la tapa). —

— JULIÁN HERBERT

NOVELA

Principio



David Monteagudo
Fin
Barcelona,
Acantilado,
2009, 350 pp.

La anécdota es archiconocida: un juez, una maestra de educación física, un mercenario, una anciana solterona, un héroe de la Primera Guerra Mundial, un cirujano, un playboy, un ex inspector de policía, el infaltable mayordomo y su esposa cocinera coinciden en la llamada Isla del Negro, frente a la costa de Devon, convocados por una misteriosa pareja de anfitriones de apellido Owen que no obstante brilla por su ausencia en cuanto los invitados llegan a su destino. El ambiente es ominoso: hay copias de una célebre copla infantil en las habitaciones de todos los huéspedes; hay diez figurillas de porcelana en la mesa del comedor de la mansión que aloja a este microcosmos social; hay, luego de la primera cena, una voz “inesperada, sobrenatural” que surge de un gramófono oculto y acusa a los convidados de la muerte de distintas personas; hay una lancha que suele llevar provisiones a la isla y que sin ninguna explicación interrumpe sus viajes, una tormenta feroz que se desata para acrecentar el aislamiento. El mecanismo narrativo es ya clásico: uno tras otro, acorde con los versos de la copla infantil, los personajes son asesinados hasta que la isla se vuelve un cementerio marino, símbolo de un apocalipsis en miniatura. La novela es *Diez negritos* (1939), de Agatha Christie, y hasta la fecha ha vendido cien millones de ejemplares, lo que la convierte en el título más exitoso de la literatura policiaca y en uno de los libros más populares de la historia.

Sorprende que las notas merecidamente elogiosas que ha recibido *Fin*, debut del lucense David Monteagudo (Viveiro, 1962), soslayan su indudable parentesco con una de las grandes novelas de la Christie, que a setenta años de su publicación mantiene el vigor intacto. (Sorprende también, aunque en menor medida, que *Babelia* no incluyera *Fin* en su listado de los mejores libros en lengua castellana de 2009: la crítica española sigue apostando por una narrativa digámosle tradicional y se muestra reacia a reconocer—salvo excepciones—a los autores que se salen del molde para explorar la literatura “de género”.) Las notas en cuestión definen con tino a Monteagudo como un continuador de la línea de terror apocalíptico representada entre otros por Stephen King y Cormac McCarthy, en especial—por supuesto— el McCarthy de *La carretera* (2006); hermanan *Fin* con *La piel fría* (2002), de Albert Sánchez Piñol, otra primera novela que vino a ratificar la buena salud de la que goza la herencia gótica y fantástica; trazan el perfil de un obrero en una fábrica de cajas y cartones de Vilafranca del Penedès que hace una década descubrió su vocación literaria y desde entonces se dedica a alimentarla con la lectura de clásicos. Pero de *Diez negritos* no hay señal, y *Fin* reactiva con destreza el dispositivo ideado por la autora que amenizó la hora del té en Inglaterra con venenos exóticos.

La anécdota es sencilla: nueve personajes se reúnen en un refugio montañoso de la España profunda para pasar un fin de semana y cumplir con una brumosa promesa realizada veinticinco años

atrás; siete son amigos de aquella época (Amparo, Ginés, Hugo, Ibáñez, Maribel, Nieves y Rafa), y a ellos se suman la joven mujer de Hugo (Cova) y la prostituta que Ginés ha contratado para fungir como su novia (María/Eva); el último integrante de esta decena que acabará siendo trágica es quien ha convocado a la reunión: Andrés el Profeta, relevo del matrimonio Owen de *Diez negritos*, a quien no conoceremos sino por alusión hasta el final. Al inicio el ambiente es relajado, lleno de bromas y referencias generacionales (Abba y Michael Jackson, *Fama* y *Pink Floyd: The Wall*), pero se irá cargando de una tensión *in crescendo*: hay rencores que afloran en estallidos de violencia verbal; hay el recuerdo de un mal rato que el Profeta pasó gracias a sus siete amigos y que nunca se aclara; hay, luego de la primera cena reducida a alcohol y tentempiés, “un resplandor muy blanco[...] que dura apenas un segundo” y corta la energía eléctrica, afectando también automóviles, relojes digitales y teléfonos celulares. A partir de este incidente—viene a cuento *The Happening* (2008), de M. Night Shyamalan—, los negritos de Monteagudo empiezan a internarse en un territorio cada vez más incierto, cada vez más cataclísmico, sobrevolado por la presencia inasible del Profeta. La incertidumbre se intensifica merced a la geografía fantasmal que cruzan los protagonistas: hay topónimos que, aunque existen en la realidad (Peñahonda, Somontano, Villallana), evocan más bien una España paralela, un mapa del apocalipsis regido por un centro neurálgico llamado simplemente La Capital. Conforme avanza su periplo,

salpicado de apariciones animales que evidencian una Naturaleza que ha vuelto a reclamar sus dominios—la estampida de cabras montesas en un desfiladero es uno de los pasajes más inquietantes—, los sobrevivientes de la hecatombe que jamás se descifrará enfrentan un destino quizá peor que el asesinato: uno tras otro, acorde con un diseño insondable, se esfuman de la faz de la tierra, sea en un *sleeping bag*, en la piscina de una casa deshabitada, junto a uno de los cientos de coches abandonados a la intemperie o durante una guardia en el mirador de la carretera mccarthyana donde ocurre buena parte de la acción.

Construida en gran medida a través de diálogos, la angustia que causa *Fin* se acentúa al advertir que hay un undécimo personaje oculto hábilmente en la trama. Es el narrador transformado en espía que viene del distanciamiento más frío, suerte de cámara creada para filmar la catástrofe: “Ahora estamos detrás de Eva, a unos cuantos metros de ella. Sabemos que a sus pies se extiende la ciudad, aunque nosotros, desde nuestro punto de vista, todavía no podemos verla[...] Transcurre un interminable minuto. No sabemos lo que Eva está pensando. Ni siquiera vemos su cara. Pero de pronto adivinamos en ella una quietud, una tensión especial, como si algo fuera a suceder en cualquier momento.” A la vez que remite al observador múltiple de *Las vírgenes suicidas*, de Jeffrey Eugenides, esta figura es uno de los mayores hallazgos de David Monteagudo: el espectador ideal para dar fe de un fin del mundo que se convierte en un principio muy promisorio. —

— MAURICIO MONTIEL FIGUEIRAS

